

Nuevas pesquisas para esclarecer EL TRIPLE ASESINATO DE LURS



Aventura del Dr. Morin en la vecindad de "La Grand Terre" ¿Cayeron los Drummond en una celada parecida?

sa y allí le daré agua, leche y legumbres. Y ya que es usted cazador, organizaremos una buena cacería.

En este momento apareció un tercer personaje, muy joven, y como Gustavo, armado con un fusil. Se trataba de Roger Perrin, nieto del patriarca de "La Grand-Terre".

El doctor Morin recogió todos sus bagajes y se encaminó a "La Grand-Terre". Gustavo le aconsejó que acampase al lado de la carretera, pero el doctor lo hizo junto a la vía férrea, en el ribazo donde un año después fue encontrado el cadáver de la pequeña Elizabeth, con el cráneo destrozado.

El mismo día en que se instalaron, el doctor y su mujer dormían la siesta, cuando fueron despertados, como la vez anterior, por ruido de pasos. Morin salió precipitadamente y allí estaba, plantado ante la tienda, Gustavo Dominici, con su fusil en bandolera.

—Ando de caza—le dijo Gustavo—. No se inquieten. Venía a decirles que tengan todo preparado para dentro de una hora, en que vendré a buscarles para cazar.

Se marchó, e inmediatamente apareció el joven Perrin.

—Su fusil de caza—dijo al doctor—no funciona muy bien. Démele y mi tío Clovis, que es un especialista, lo arreglará rápidamente. Tiene las mejores armas; la que lleva mi tío Gustavo es de él.

Una hora más tarde, el doctor Morin dejaba a su mujer en la tienda y salía de caza con Clovis y Roger. Gustavo aún no había aparecido. Los hombres de "La Grand-Terre" indicaron al doctor una cabaña de pastor situada a 600 metros del campamento y le dijeron que se apostase allí en espera de un posible paso de piezas por aquel lugar. Había anochecido, y durante cuarenta y cinco minutos estuvo solo el doctor. De pronto, le asaltó una inquietud. Impulsado por un presentimiento inexplicable, abandonó la cabaña, corrió hacia "La Grand-Terre" y entró en la tienda. Encontró a su mujer llorando y, al verle, se abalanzó angustiada y suplicante.

—¡Vámonos, te lo suplico! ¡Vámonos en seguida! Un hombre ha querido entrar en la tienda... ¡Iba armado... Me ha amenazado... ¡Vámonos en seguida de aquí!

Aquel hombre era Gustavo Dominici... Estos detalles han sido conocidos por el comisario Chenevier gracias a unos amigos íntimos de los Morin, y los policías encargados de la nueva encuesta no han ocultado que ellos piensan que la misma celada debió de ser tendida, un año después, a los Drummond. Con la diferencia de que esta segunda fincada partida de caza terminó trágicamente.

LA POSIBLE CAUSA DEL CRIMEN

Desechados los móviles pasio-

nales y políticos, ¿qué pudo impulsar a los autores a cometer su delito? He aquí el punto de vista de dos periodistas, Ives Debraïne y Georges Gygax, que asistieron a la vista celebrada en Digne, que han realizado varios viajes a Lurs y al resto de la comarca y que han hablado con muchos de sus habitantes.

El 5 de agosto de 1952, la amplia cocina de "La Grand-Terre" acogía a numerosos habitantes. Era gente que venía a recoger algunos objetos a casa del viejo Dominici; armas, por ejemplo. Como consecuencia de la guerra, el país estaba lleno de depósitos de este género de artículos, y "La Grand-Terre" podía ser uno de ellos. Los antiguos miembros del "maquis" pudieron considerar que las armas no estaban muy seguras allí y habían venido a recogerlas. La reunión fue un encuentro de viejos camaradas, y alrededor de la mesa, espolcados por el vino, que corrió abundante, fueron surgiendo los recuerdos y excitándose las mentes. Allí se habló de todo; de política local, política regional, y a medida que el vino iba excitando los ánimos y calentando los cerebros, las discusiones eran más apasionadas. Inevitablemente, t u v o que surgir el tema de los "Armeloche". Por aquella época, entre los levantiscos y rudos ex "maquis" había una marcada enemistad hacia los americanos, a quienes ellos, que se consideraban como los héroes de la liberación francesa, calificaban de nuevos ocupantes en lugar de estimarles como los fraternales amigos que tan eficazmente les habían ayudado en la lucha. En los muros, aún se veían carteles y rótulos como estos: "US GO HOME!" o "Ridgway Go Home!"

Llevada a este terreno la conversación, debió hablarse de los extranjeros, probablemente, americanos, que estaban acampados a 100 metros de la casa. Gente rica, que viajaban en automóvil, que podían pagarse unas vacaciones... Empezaron a elucubrar con aquellas vidas, comparándolas con las suyas de mineros de Sigonce. Uno de los contertulios debió expresar la genial idea de que aquellos extranjeros debían dejar un recuerdo de su estancia en las tierras de Lurs, una máquina fotográfica, por ejemplo. Al posible autor de la idea le debió parecer ésta genial y vacilante por el alcohol ingerido, se levantó, abandonó la cocina, atravesó el campo, cruzó la vía férrea, escaló el talud y siguió el sendero paralelo a la carretera, en dirección al pequeño campamento de los turistas. Se aproximó cautelosamente al coche, comprobó que la parte posterior estaba abierta y, después de una ligera exploración, tropezó con la inevitable y ansiada máquina fotográfica.

Puede suponerse que, en ese momento, la pequeña Elizabeth, despertada por algún ruido, diese la voz de alarma. Sir Jack se incorporó, y entonces se produjo la tragedia. El ladrón pediría auxilio a sus amigos, y él, u otros

Esta es la pequeña Elisabeth Drummond, inmolada cruelmente a sus diez años de edad por un asesino que debió temer que el testimonio de la criatura le delatase ante la justicia.

EN el pasado mes de diciembre se reunieron en Digne 110 periodistas. En la Audiencia de esta ciudad iba a celebrarse la vista de la causa contra Gastón Dominici, el patriarca de "La Grand Terre", convicto y confeso de la muerte de los Drummond en el mes de agosto de 1952, cuando esta familia descansaba acampada en las tierras de Lurs.

El viejo Dominici fue, como saben nuestros lectores, condenado a muerte. Cuando, después de largas pesquisas, fué detenido por la Policía, se confesó autor del triple asesinato, y esta postura la mantuvo a lo largo del proceso. Pero al dictar la Audiencia su fallo, Gastón Dominici cambió de actitud y se declaró inocente. Hizo a sus abogados revelaciones que han obligado a éstos a pedir la revisión del proceso. El crimen más célebre del siglo continúa aún en el misterio. La pasión con que el mundo entero siguió las investigaciones policiales primero y el proceso después sigue gravitando sobre el viejo encerrado en Marsella en espera de que con este segundo proceso se llegue al esclarecimiento definitivo de un crimen repugnante, que es, hasta ahora, el exponente más doloroso de la actividad criminal de los hombres.

LA ETERNA INTERROGACION

El segundo proceso se ha abierto a petición de los abogados del viejo Dominici; pero ¿qué se va a descubrir con él? ¿Hacia dónde van a dirigirse las investigaciones? Se tiene la esperanza de que con él se podrá llegar al conocimiento de los verdaderos culpables, aunque, como se supone que las responsabilidades son muchas, van a ser muy difíciles de determinar. Por otra parte, admitiendo que Gastón Dominici no sea el culpable, ha transcurrido mucho tiempo y los verdaderos responsables han podido preparar lo que pudiéramos llamar su contraataque contra el viejo acusador.

NI PASION, NI POLITICA

Hasta este momento no se han podido conocer exactamente los móviles que impulsaron al autor o a los autores a cometer este repugnante crimen. Se ha hablado de crimen pasional; pero los cuerpos de Mrs. Drummond y de su hija no tenían ninguna señal de violencia. Se ha hablado también de crimen político. Sobre el desgraciado sir Jack Drummond se han publicado numerosas informaciones, en las que aparecía como miembro del Intelligence Service, que había sido lanzado varias veces durante la guerra en territorio ocupado por los alemanes para ponerse en contacto con los "maquis". Pero se ha

comprobado que sir Jack no salió de Inglaterra durante la guerra y que no ha pertenecido nunca a la organización inglesa de espionaje. Hay que desear, por tanto, estas dos hipótesis de los móviles del crimen.

UNA CACERIA EN LURS

Sin embargo, y como sobre él ha lanzado el viejo Dominici violentas acusaciones, hay que tener en cuenta un episodio ocurrido exactamente un año antes del trágico suceso que tuvo por escenario el lugar del crimen, y del que fué protagonista Gustavo Dominici, hijo del viejo Gastón.

El doctor Morin, de Niza, gran aficionado a la caza y a la pesca, se instaló en su tienda de campaña, en compañía de su mujer, cerca de Sisteron, dispuesto a pasar sus vacaciones cazando y pescando. En Sisteron no había ni caza ni pesca, y el doctor abandonó el lugar y se fué a Durance, a tres kilómetros exactamente de "La Grand-Terre". Allí montó su tienda, y de madrugada, cuando estaban descansando, oyó un ruido de pasos. Morin salió y se encontró con Gustavo Dominici, parado ante la puerta de la tienda y armado con un fusil. El doctor Morin hizo un gesto de sorpresa y preguntó:

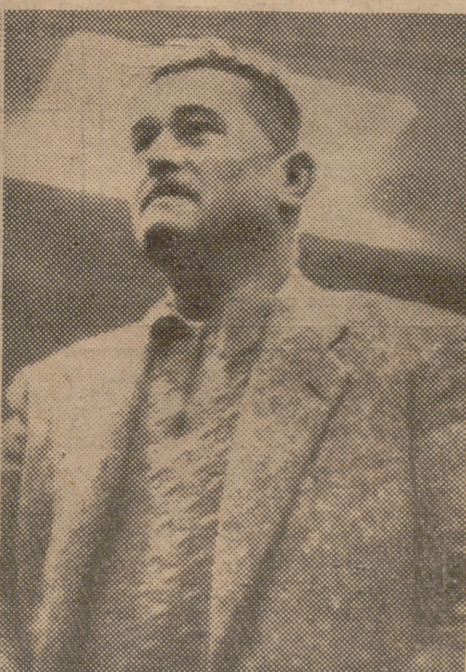
—¿Son tuyas estas tierras? Perdóname por haber acampado en ellas. He venido solamente a cazar y a pescar.

Gustavo le contempló un momento y luego le dijo:

—Están ustedes muy mal instalados aquí. Venga usted a mi ca-



He aquí los dos más destacados testigos del proceso de Lurs. Ivette Dominici, nuera del anciano Gastón, durante sus declaraciones contradictorias ante el Tribunal. En las otras fotografías vemos a Clovis, el hijo del viejo granjero, que mantuvo la firme acusación contra su padre. Lo vemos en el momento de comparecer ante los jueces y en un instante del apasionado careo que sostuvo frente al acusado, sobre el que recaen las sospechas del triple asesinato.



PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 23 DE JULIO DE 1955



Gastón Dominici, condenado a muerte por el triple asesinato de Lurs

llegados al instante cometieron el crimen.

Esta es la hipótesis de los dos periodistas. Para sustentarla se basan en dos hechos comprobados. La máquina fotográfica y los zapatos de la pequeña Elizabeth no han sido encontrados y la niña fué asesinada algún tiempo después que sus padres.

Ives Debraïne y George Gygax suponen que los asesinos celebraron un "consejo de guerra" y en el decidieron suprimir al horrorizado testigo de su hazaña. Es probable que primero la llevasen a la cocina de "La Grand-Terre" y allí consumaron

su crimen. Cuando a la mañana siguiente llegó al lugar el doctor Gragon, que fué el primer médico que examinó los cuerpos, se le prohibió terminantemente entrar en la cocina para lavarse las manos. Es probable que aún no hubiesen desaparecido las huellas del asesinato. Además, los pies de la niña estaban descalzos y en ellos no había ninguna señal de haber corrido por el campo, como se ha supuesto.

EL SUEÑO DEL VIEJO GASTÓN

Al oír el veredicto que le condenaba a muerte, Gastón Dominici dijo a su abogado, y después lo repitió ante el comisario Chenevier, que la noche del drama él estaba durmiendo y se despertó al oír un disparo. Cuando llegó cerca del campamento de los ingleses vió a su hijo Gustavo y a su nieto Roger, que llevaban hacia "La Grand-Terre" el cuerpo inanimado de Elizabeth.

Es evidente que los comisarios Chenevier y Gillard poseen informaciones que guardan celosamente. El viejo Gastón mantiene energicamente su inocencia, y René Floriot, su abogado defensor, está dispuesto a luchar hasta el final para demostrar la inocencia del viejo. Que bien pudiera haber desempeñado en este drama el papel de encubridor al arrogarse una culpabilidad para defender a otros que, fiados en pretendidas influencias políticas, le aseguraron que nada podía pasarle porque el "maquis", héroe de la resistencia, aún podía mover en Francia resortes que le librasen de la horca. Y el viejo patriarca, al ver que el peso de la Ley caía inexorable sobre él, decidió descubrir, al fin, la verdad.

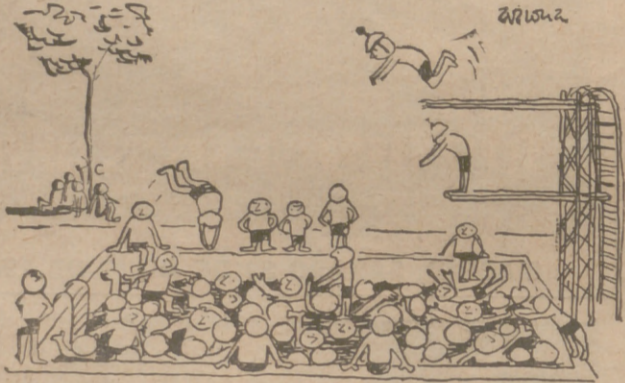
Por lo pronto, sus manifestaciones han tenido fuerza suficiente para poner de nuevo en marcha la máquina de la Justicia en busca de una verdad que se cree haber encontrado.

VIAJE A UNA PISCINA

La verdad es que uno se ha resistido bastante a trasladarse al paraíso acuático. Uno no es precisamente eso que llaman un "mente sana en cuerpo sano", sino un terrible bohemio aficionadísimo a esa barata comodidad que se alcanza levantándose tarde para ir a tomar café con leche hasta la hora de meterse en la cama de nuevo. Y esto, porque uno disfruta de un sensato instinto de conservación. Si; la vida del señor atlético, deportista, resulta francamente peligrosa... Ahí los tiene usted regalando salud, pero falleciendo en la flor de la edad por mor de la congestión, de la embolia, del ataque cardíaco o de cualquier otra zarandaja típica del salu-tífero y del pietórico. Por el contrario, ahí tiene usted a los escuchintados tipos que florecen en los medios ambientes más insanos: a los cien años, entre toses, carraspos y alifafes varios, siguen jugando al dominó como unos Pepes.

A pesar de saber que las cosas son así, uno fué el otro día a una piscina. Y la verdad es que uno lo pasó estupendamente: uno casi se murió de risa... Porque tiene muchísima gracia ese viaje: en él puede el curioso observador ser testigo de los disparates más gordos.

La cosa empieza en el tranvía que nos deja "al borde del agua". Un tranvía con afición de tractor, porque apenas nos descuidamos está rodando sobre ese campo sin sentido que Madrid tiene alrededor; un tranvía en el cual señoras gordas y caroadas de niños y de bocadillos la gozan horrores evitan-



do que su prole sea aplastada, que sus bocadillos desaparezcan en el tumulto y que su propia integridad física sufra graves pérdidas en el desplazamiento; un tranvía en el cual uno se prepara concienzudamente para el baño, porque en el armatoste uno se entera de hasta qué punto aman el trabajo sus glándulas sudoríparas.

Y la cosa sigue en la piscina... Sobre aquella plancha de hormigón armado, a la cual el sol dota del calor suficiente como para producirnos tremendas quemaduras de tercer grado en las plantas de los pies... Sobre aquel desierto con un agujero en el centro, agujero que contiene un cubo de agua, una tonelada de cloro y centenares de millares de kilos de carne humana.

Da gusto. Uno se lanza al líquido elemento y se encuentra navegando sobre el rosáceo torso de un señor que, a su vez, se desliza resbalando por el delicado cutis de unas docenas de niños... A todo esto, el sol, en su puesto, se preocupa de levantarnos la piel contumaz e implacablemente.

A nuestro alrededor, las personas peritas en estas diversiones se mantienen al paio. Cobijadas bajo un papel o a la cantaja sombra del único arbolillo puesto allí por la sabihonda Naturaleza, unas señoritas estupidas y unos caballeros atléticos esperan pacientemente a que el agua quede libre. Como esto suele ocurrir hacia las nueve de la noche, esta clase de gente disfruta de muchas horas para exhibir sus cositas... Elias, adoptando actitudes copiadas de las portadas de las revistas ilustradas, y ellos, contentando la respiración para ofrecer un tórax de aupa y un estómago de bozadores. De cuando en cuando, ellas y ellos se refugian en los vestuarios para descansar un poco. Si; su trabajo les cuesta resultar tan monos; fatiga horrores permanecer tendidos graciosamente sobre el cemento, conteniendo la respiración, sin hablar y sin moverse para conservar una línea naturalmente deportiva.

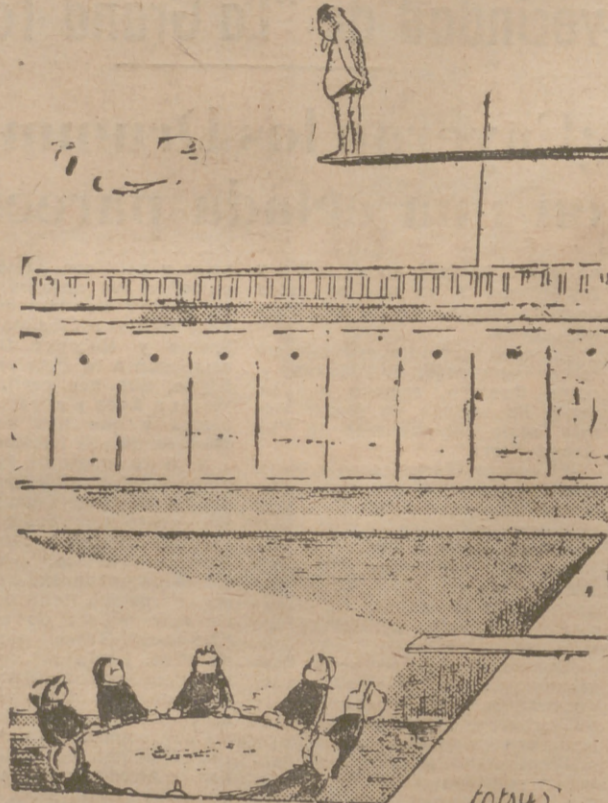
Y queda el regreso. De nuevo el tranvía, ahora ya bajo el sol del comienzo de la tarde, que es un sol que da asco. Las señoras gordas, sin bocadillos y con algún niño de menos, parecen hermosos cangrejos cocidos. Uno, sintiendo sobre la piel todas y cada una de las puntadas de las costuras de la ropa, hecho una pena...

¿Que por qué he estado a punto de morir de risa sufriendo tanto? Muy sencillo: porque no he dejado ni un momento de pensar en lo bien que lo voy a pasar de ahora en adelante en mi casa con una regadera.

Rafael AZCONA



Sin palabras



Sin palabras



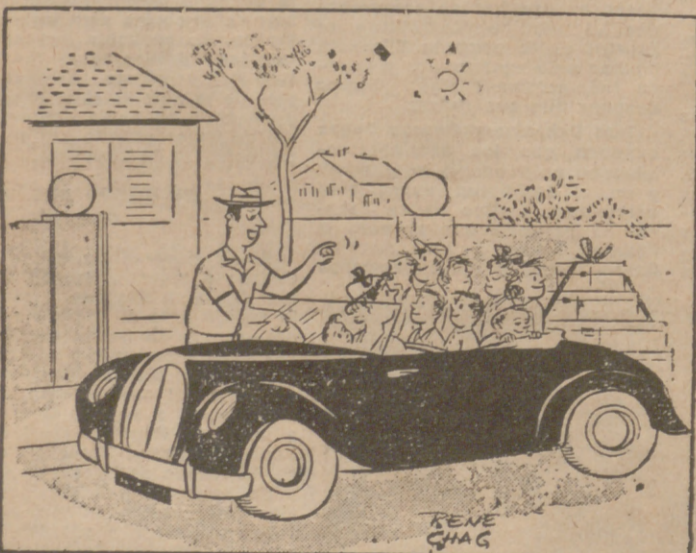
Sin palabras



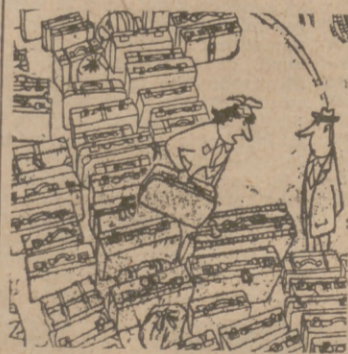
—¡Vamos, Pepa, no me vayas a hacer todo un "velodrama"!



Sin palabras



—Siete, ocho, nueve... María, aquí hay alguno que no es nuestro...



—¡Emilio, nos falta una maleta!



Sin palabras



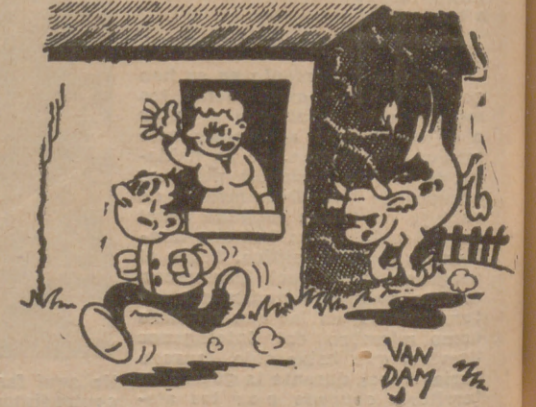
"Bote-stop"



Sin palabras



—Con esparadrappo, diez pesetas...



—No corras tanto, que luego te dan palpitaciones.

P
I
R
TO
SU
la a
El Papa es menudo, la
UN hom
de fr
mente
"El S
mediament
dintel de la
instante apar
del Soberano
reginos con
dad fervient
que se demu
ante la figur
dre. Los rasi
poco más ad
ga; la piel
nada. El Pap
do. Alguien
asistentes le
sos, no sin
sada por la t
dre sube al e
me, con la m
otras veces.
Pio XII d
mecanografi
tud recogida
to, señores,
ocasión de l
que celebra
ción Internac
tores de Mat
Estas pala
únicamente a
meras filas
pues la aud
para muchos
seglares o r
compensa su
viaje, y no e
unos congres
Esta audier
rada al comi
pa. era el sig
acontecimient
los ojos de 4
tianos. El Pap
creyó muerto
del 2 de dicie
llaba restable
EL
Entre los a
cena de famil
lados, los can
hombre de f
privado de S
lic. Todos ell
anillo del Pes
la que están

PIO XII EN LA INTIMIDAD

Roma aclama a su OBISPO TODOS LOS DOMINGOS SU SANTIDAD SONRIE ANTE la avalancha de los peregrinos



El Papa escribe por sí mismo con su máquina portátil. Muy a menudo, la jornada de trabajo de Pío XII se prolonga hasta más allá de la medianoche

UN hombre pequeño vestido de frac se vuelve vivamente y dice en voz alta: "¡El Santo Padre!", e inmediatamente desaparece del dintel de la puerta. En el mismo instante aparece la sotana blanca del Soberano Pontífice. Los peregrinos contemplan con curiosidad ferviente y con el asombro que se demuestra una y otra vez ante la figura del Augusto Padre. Los rasgos de su rostro, un poco más acusados por la fatiga; la piel, algo más apergamada. El Papa permanece erguido. Alguien aplaude. Todos los asistentes le siguen en los aplausos, no sin cierta reserva, causada por la timidez. El Santo Padre sube al estrado con paso firme, con la misma diligencia que otras veces.

Pío XII despliega tres folios mecanografiados y, en una actitud recogida, dice: "Nos es grato, señores, recibirlos aquí con ocasión de la Asamblea general que celebra en Roma la Asociación Internacional de Constructores de Material Aeronáutico..."

Estas palabras van dirigidas únicamente a las dos o tres primeras filas de la concurrencia, pues la audiencia pontificia es para muchos hombres, mujeres, seglares o religiosos, como recompensa suprema de un largo viaje, y no exclusivamente para unos congresistas.

Esta audiencia matinal, reanuda al comienzo de la primavera, era el signo del más grande acontecimiento del año 1954 a los ojos de 450.000.000 de cristianos. El Papa, al que el mundo creyó muerto durante la noche del 2 de diciembre último, se halla restablecido.

EL ANILLO DEL PESCADOR

Entre los asistentes, media docena de familiares: los dos prebendados, los camareros, el pequeño hombre de frac y el fotógrafo privado de Su Santidad, Luigi Felici. Todos ellos observan que el anillo del Pescador—la sortija en la que están grabados los rasgos

de San Pedro y que será rota a la muerte de su doscientos sesenta y tres sucesor—está en su

mano derecha. Cuando el Papa padece dolores en el brazo derecho—sufrimiento intermitente de su enfermedad—, lleva el anillo en su mano izquierda.

Los folios mecanografiados que el Santo Padre tiene en la mano constituyen también una novedad. Entre otros dones excepcionales como el de hablar correctamente cinco idiomas, Pío XII está dotado de una extraordinaria "memoria fotográfica", que le permite leer con el pensamiento las líneas de sus discursos. Sin embargo, en esta ocasión ha preferido ayudarse de su texto.

Al acabar su discurso, el Papa se levanta, da tres bendiciones—a izquierda, centro y derecha—, recibiendo la concurrencia de rodillas, y luego desciende del estrado. Se hace presentar a los peregrinos de las primeras filas, les da a besar su anillo y les habla en su lengua. Entonces, los demás peregrinos se enardecen y se aproximan a Su Santidad desde todos los ángulos, sin que el pequeño hombre del frac pueda evitar la avalancha, a pesar de sus ruegos: "Prego, please, s'il vous plait..."

La multitud llega a empujar al Soberano Pontífice, en su fervoroso deseo de besarle todos el anillo, y el Santo Padre se mantiene a duras penas en equilibrio, con el rostro sonriente. Sonríe como el día en que un fotógrafo de Prensa le rogó: "Permanezca sentado"; como el día en que su anillo quedó en la mano de una joven religiosa, como el día en que un peregrino se excusó de haberle pisado...

Ninguno de aquellos que han visto al Pastor angélico atropellado por su rebaño, olvidará la sonrisa radiante del santo vestido de blanco.



El Papa dirige la palabra a la muchedumbre de fieles



Un canario de raza alemana—Dompfaff, "el cantor"—es un fiel y dulce amigo del Papa, que se complace en sacarle de la jaula y jugar con él.

EL CALENDARIO DE LAS AUDIENCIAS

En todos los despachos de la Curia romana—esta Administración que, bajo la guardia de alabarderos, de gendarmes Luis-Felipe y de palafreneros, es la última corte del mundo—se puede ver un pequeño libro encuadernado en rojo o en morado, según que el despacho sea de un cardenal o de un obispo. Un único ejemplar está encuadernado en blanco: el del Papa. Se trata del calendario de audiencias fijas, reservadas por el Pontífice a sus

colaboradores, asesores, presidentes de los Tribunales eclesiásticos y, en general, a todos los altos funcionarios del Vaticano. Cada uno figura con su nombre y su día. La última edición del libro de las audiencias data de octubre de 1953. Desde entonces no ha sido reeditado, y ya no lo será.

Al suprimir las audiencias fijas de los dignatarios de la corte pontificia, Pío XII reduce el número de sus entrevistas con los cardenales. Únicamente tienen ahora acceso a la biblioteca privada las personalidades extranjeras de paso; los cardenales extranjeros, los altos dignatarios convocados especialmente, además de los familiares como el señor Galeazzi, hermano del médico privado, o el señor Lolli, "redactor pontificio" del "Osservatore Romano", los dos colaboradores cotidianos de Pío XII. Además de estos dos hombres, se entrevista a diario con el Santo Padre el monseñor Dell'Aqua, sucesor de monseñor Montini en la Secretaría de Estado para los asuntos ordinarios, y monseñor Tardini, prosecretario de Estado para los asuntos extraordinarios.

VIDA INTIMA DEL PONTIFICE

Cuando el camarero de servicio introduce a monseñor Dell'Aqua y éste, arrodillado, se levanta ante una indicación del Papa, la jornada de trabajo de Pío XII ha comenzado. Son las ocho y media de la mañana.

El Papa se levanta a las seis y media (los médicos han logrado que Su Santidad retrase media hora, desde su restablecimiento).

Se afeita él mismo, con una maquinilla eléctrica, ofrecida por el cardenal Spellman. En el cuarto de baño, ya no utiliza el Papa los aparatos de cultura física. En el pequeño departamento del tercer piso no se oye más que el paso silencioso de las tres religiosas que están al servicio del Santo Padre. Una de ellas guisa las comidas en una pequeña cocina de gas; la otra se ocupa de la ropa, y la tercera, la Madre Pascualina, dirige las tareas domésticas. Dos pájaros quiebran el silencio con su batir de alas: "Dompfaff" y "Gretel" (encontrado caído de un nido en los jardines del Vaticano).

A las siete y media, el Santo Padre penetra en su minúscula capilla privada. La misa es ayudada por el doctor Galeazzi-Lisi y también por el Padre Laiber o

el Padre Hendrich, los dos Jesuitas archiveros que se alojan en el entresuelo.

A las ocho y media, el diario hablado de la radio. El Papa desayuna café con leche, jugo de fruta y un pequeño panecillo, mientras lee los diarios o escucha las noticias. Después de la acción de gracias, el departamento privado vuelve a caer en el silencio, hasta la hora del almuerzo. Este es el mismo que antes de 1954: un ligero plato de ave o huevos procedentes de la granja modelo de Castelgandolfo. Un poco de vino y un poco de café.

En el curso del último otoño, en su segunda crisis de hipo (la primera sobrevino en enero de 1954), el Santo Padre había cesado casi completamente de alimentarse.

ROMA ACLAMA AL SANTO PADRE

Pío XII ha reanudado sus paseos por los jardines del Vaticano. Pero, ahora, el coche espera al Santo Padre al pie del ascensor: un coche descaпотable que le conduce a su rincón preferido.

Hacia las cuatro de la tarde reanuda su trabajo. Cena a las nueve de la noche. Un poco de música radiofónica (el Papa tiene un aparato de televisión, pero nunca lo usa) y larga oración en su cámara. Esta paz que reina en las habitaciones papales no se rompe nada más que una vez por semana: el domingo, a las doce y media. Es la hora en que la Madre Pascualina abre la doble ventana de la cámara. Una pequeña tarima es colocada bajo la ventana y, sobre ella, el Santo Padre asoma a la inmensa plaza de San Pedro, mientras se eleva un inmenso clamor. El pueblo de Roma aclama a su obispo. "¡Viva el Papa!" El Santo Padre saluda con sus dos brazos, sonríe y repite sus bendiciones. Se diría que el Santo Padre deseaba prolongar indefinidamente este diálogo entre el cielo y la tierra, sobre los palacios de mármol. Bien pronto la cámara se llena de un ruido ensordecedor. Inmediatamente de las ovaciones la muchedumbre hace sonar todas las bocinas y "claxon" de sus motos, de sus coches y de sus autocares. Y el pequeño departamento papal, con sus jaulas de pájaros, su pequeño comedor encerrado, su radio, su ramo de flores en el centro de la mesa, vibra largamente con este homenaje popular al hombre más solo del mundo.

EL EQUIPAJE DEL VERANEO provoca crisis matrimoniales

LAS MALETAS Y LOS NIÑOS ABULTAN DEMASIADO

¿LOS NIÑOS?... ¡CON LOS ABUELOS ESTAN MEJOR!



Como ha dicho su marido que poco equipaje, María lo traduce por pequeño, y coloca sus cosas en la maleta chica. Pero, de todas maneras, falta... Recurrirémos a la grande.

A PENAS el ama de casa tiene en su mano los billetes del tren para el veraneo, piensa en el equipaje como en una guerra. La "operación maleta" tiene muchos puntos de contacto con una batalla. El general extiende los planos, calcula las fuerzas enemigas y la propias, y al fin decide el ataque. El ama de casa actúa de manera parecida. Desempolva las maletas y baúles, enumera la ropa a guardar en el reducido espacio de aquéllos y al fin sonríe con aire de triunfo al contemplar los brazos robustos de la "chacha", a cuyas fuerzas quedarán encomendadas las cerraduras rebeldes. Y también aquí se inicia el combate. La primera víctima es—¿cómo no!—el marido. Y eso que él ya había prevenido el asunto. —¡María, por favor, pocos bultos!—comenta.

—Sí, sí. Nada más que lo imprescindible—asegura ella. La casa se convierte en un pequeño Rastro. Los niños, muy contentos, deciden intervenir también. Revuelven por aquí y por allá hasta que la mamá, con un grito y un azote, los encierra en la cocina. —¡Ea!

EMPIEZA EL EQUIPAJE

Mientras, ella sigue amontonando ropa. —Vamos a ver: necesito llevarme trajes de vestir, de playa y de mucho poner... El negro del escote... ¡desde luego!... El de seda natural... Los tres nuevos de este año... No puedo olvidar el de vichy ni el de falla... No ocupan sitio. Y sigue amontonando vestido sobre vestido.

al marido, desde un rincón, observa y medita: —Por favor, María, poco equipaje—se atreve a decir. —Desde luego, querido. Y continúa con los vestidos. —...El amarillo de lunares. ¡Ah!, y uno o dos de lana. Siempre puede hacer frío. Unas chaquetas de punto... Zapatos de lluvia... Los otros de tiritas y los de charol, los blancos, los de playa, ellos de tación bajo, los cómodos. La ropa empieza a rebasar los bordes de la maleta—llamada grande—, y aún falta la ropa de él y de los niños. —¡Tendré que dejar algo?—piensa—. ¡Qué remedio! Y con un suspiro saca de la maleta un par de medias. Se inicia el primer intento de cierre. La maleta ruga y se muestra hostil. La "chacha" suda... Suena un ruido. El ama de casa inspecciona, alarmada, las bisagras y las cerraduras. —Todo perfecto. Revuelve un poco entre la ropa, y... el barco de madera de los niños, el "Cervantes", aparece hecho añicos. —¿Quién lo metió allí?—pregunta. —Señora, hace rato vi a los niños con él en la mano. Descubierta el culpable (en la guerra de verdad el traidor), se sigue la batalla.

SE NECESITAN REFUERZOS

Imposible meter en aquel par de maletas todo lo "imprescindible". —¿Y si pidiéramos a doña Felipa su baúl, el que llevó con la ropa de su equipo cuando su boda? Anda, acércate a por él—ordena a la "chacha". Unas horas después, la cabeza del ama de casa se hunde, satisfecha, en el hueco del baúl. El par de medias sacrificado anteriormente ocupa ahora el puesto de honor. El marido sufre ligero desmayo a la vista del baúl monstruo de doña Felipa. —No te preocupes, hombre. Esto se factura. Pero él piensa en el transporte. —Por lo menos, veinte duros de aquí a la estación. Otros tantos allá y lo mismo en la vuelta. —¿Ya no necesitarás más maletas?—pregunta con un intento de propia consolación. —Sólo una—responde ella—, con las cosas de mano. Y vuelve a meter la cabeza en el baúl, como un general se inclina ante los planos. —En el fondo, los zapatos, la plancha eléctrica, el enchufe, porque luego las camareras te piden un poco por planchar un pantalón... La harina de los biberones de los niños... el azúcar... un par de botes de leche condensada... Perchas... En los hoteles deben de creer que los veraneantes nos vestimos con hojas de parra. Nun-

ca se ve una en los armarios... Quitamanchas... Este Luis se echa tantas... Cepillos para el calzado... Y sigue enumerando.

LLEGA EL VIAJE

Desde muy temprano, la casa se pone en movimiento. —Mi cepillo de dientes, ¿dónde está?—protesta el cabeza de familia después de un buen rato de búsqueda. —¡Ay! En el fondo del baúl... No te laves hoy los dientes—aconseja la esposa a modo de consuelo. —¿Y la brocha de afeitar?—vuelve a inquirir. —En el fondo. No te afeites tampoco... Y sin lavar, sin afeitar, el señor sale del cuarto de baño con el triste convencimiento de que todo cuanto pida estará en el fondo del baúl. —Vámonos, vámonos, que se hace tarde—se oye decir. —¿Han ido a por el taxi? —Sí, daos prisa, que ya está abajo y corre el contador. Baja un niño y una maleta, luego otro niño y otra maleta, la mamá con el maletín, la "chacha" con una cesta, y el portero con una bolsa. El baúl de doña Felipa sale el último, como digno broche del cortejo, a hombros de dos mozos de cuerda. —Pero ¿qué llevas ahí? —Pues lo de mano. Unos bocadillos, huevos duros, un poco de vino... —¿Y aquí?—insiste el marido. —Ropa de los niños. Ya sabes... Pañales, empapadores, biberones, imperdibles... En el vagón del tren, los bultos se amontonan. Las rejillas van llenas, y los paquetes tienen que colgarse en el suelo. Entre los niños y las maletas no queda sitio para moverse. Cuando al fin, en el hotel, se deshace el equipaje, se comprueba que algo se olvidó, y cosa curiosa, siempre se trata de algún útil del marido. —¡Me falta el traje de baño! —protesta. —¿Pero no quedaste tú en guardar?—se defiende la mujer. —Y los pantalones azules, y la camisa blanca... ¡Pobre víctima!

LOS QUE VAN EN COCHE

Por lo general, el dueño de un coche está orgulloso de él, de su aspecto, línea y color. Cuando se habla del viaje, el señor expone el asunto en casa: —Cuidado con los equipajes. No hay más sitio para ellos que en la bacia. Y no quiero parecer un carro de mudanzas. Pero la advertencia se estrella. A los pocos días el cochecillo parte de vacaciones. Una pequeña torre Eiffel de maletas se alza sobre el techo. El aspecto que ofrece desde lejos recuerda un carro de combate con la clásica torreta. En las aletas se han instalado dos maletines y una bolsa. La rueda



Un vestido, dos, tres, el chaquetón, los zapatos... Esto no se puede cerrar. En un recurso heroico, María saca sus medias y el barquito del niño. La ropa de Paco aún queda fuera; hay que buscar otra maleta.



Se terminó. Sólo tres maletas, un maletín de piel, la radio, la máquina de escribir, la de fotos y... el perro. Y con la seguridad de que olvida algo.

de repuesto cedió, galante, su sitio a una cesta monumental. En el interior, la mujer contempla, satisfecha, el paisaje. El marido, al volante, siente las piernas estumecidas; sobre ellas descansa un saco. Pero suspira y pisa el acelerador. ¡Adiós, línea aerodinámica! ¡Adiós, pintura gris!

LOS MOTORISTAS

Verdadera delicia del marido.

María Pura RAMOS

Un árabe ofrece su hija como mujer a un colono francés. Al cabo de dos semanas, la esposa vuelve a la casa del padre y dice que el marido la ha golpeado. —¿Por qué?—dice el árabe. —Te ha dado un sopapo? Eso exige venganza—y da a su hija otro golpe sobre la otra mejilla. Vete. Vuelve con ese perro infiel y dile qué hombre es tu padre. El ha golpeado a mi hija; yo he golpeado a su mujer. Estamos en paz.

El explorador novato lle-

ga a África y, como hace calor, decide bañarse en el océano.

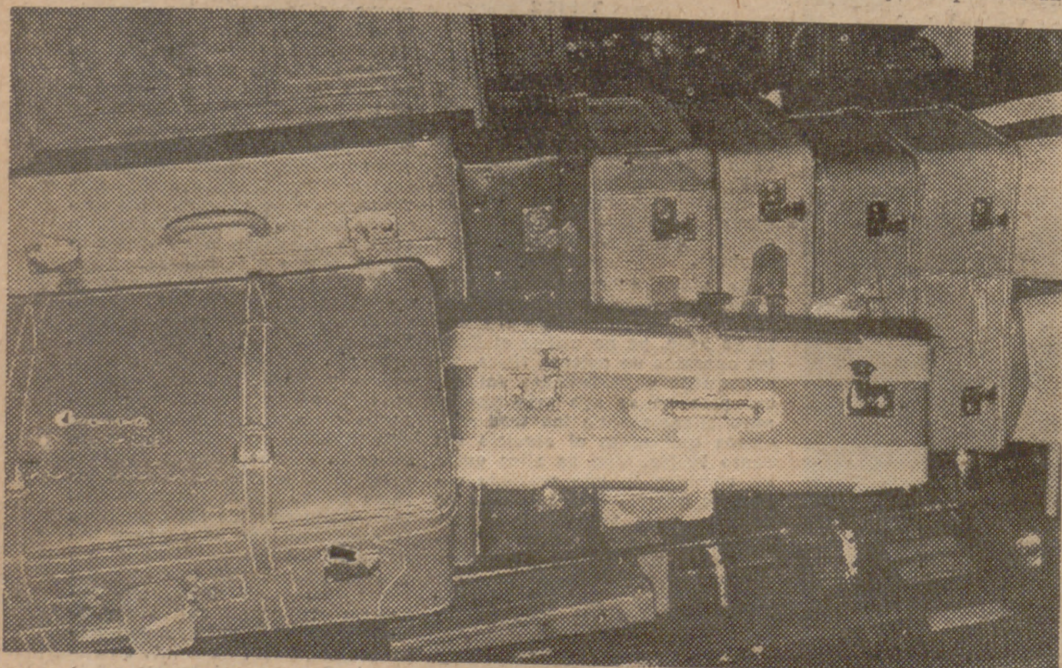
Cuando se va a lanzar le dice un indígena:

—Os aconsejo que no os bañéis aquí, están los peces; es mejor que vayáis hacia el estuario del río.

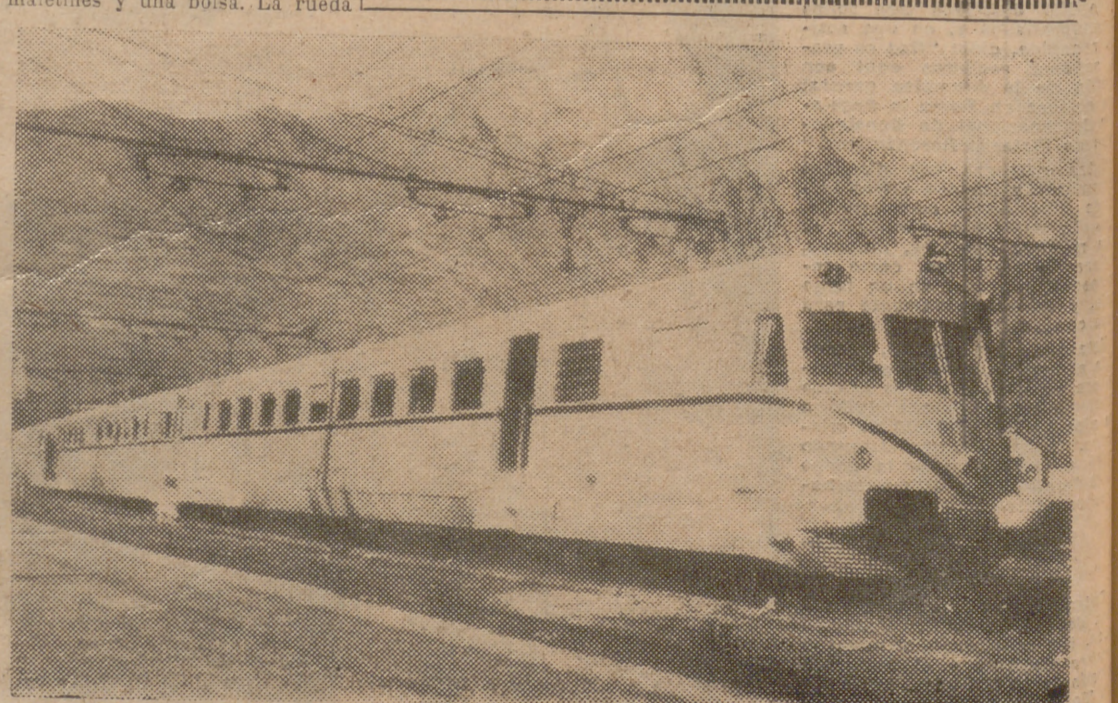
El explorador hace caso al técnico y se tira más lejos. Mientras se solaza en el agua fresca, pregunta al indígena:

—¿Qué, ¿aquí no hay peces?—

—No, tienen demasiado miedo de los cocodrilos.



Una barbaridad de bultos. Pero todos no son nuestros. Los dos maletines son del señor gordo, y ese "necesaire", de una francesa. Y sólo llevamos lo necesario.



—El tren se va. Se acabó el lío de las maletas.

LA JUVENTUD BIEN CUIDADA DURA MUCHO TIEMPO

SEIS INGREDIENTES PARA CONSERVARLA: aire, agua, alimentación, sueño, calma y optimismo

LA FORMULA SIRVE TAMBIEN PARA LOS CABALLEROS



Agua, aire libre, alimentación sana, optimismo: estos son los mejores elementos para conservar la salud. Estas señoritas han comenzado por el principio.

CONSERVAR la juventud es una de las grandes ilusiones del género humano. Pero, en honor de la verdad, nos preocupamos muy poco seriamente de estirarla al máximo, ordenando la vida y las costumbres que nos son habituales de manera que el cuerpo y el espíritu conserven su lozanía hasta edades un tanto peligrosas.

Normalmente esta página está escrita especialmente para nuestro público femenino; pero el tema de la juventud apasiona por igual a ellos y ellas, lo que quiere decir que las fórmulas de "belleza" que damos hoy son igual-

mente aptas para toda clase de lectores, dándose el caso, especialmente notable en materia de estética, de que su empleo favorece a jóvenes y ancianos por igual. La receta mágica tiene sólo siete baratísimos elementos; a saber: aire, agua, alimentación, sueño, calma y optimismo.

AIRE

Sean cuales sean sus obligaciones, procure pasear al aire libre por lo menos una hora diaria cada jornada. Las ocupadas madres de familia pueden cumplir con este requisito a la hora de acom-

pañar a los niños al colegio o de ir al mercado. Se trata únicamente de estirar las piernas, respirar al aire libre y hacer un ejercicio que mantenga la elasticidad de los músculos. Esta hora deben alargarla lo más posible las personas que trabajan en habitaciones muy poco ventiladas o están sometidas a un tipo de tarea que les permite pocos movimientos, como, por ejemplo, los empleados de oficinas, que han de estar tantas horas sentados.

Además del paseo al aire libre, hay que acostumbrarse a dormir con las ventanas abiertas para que el descanso sea mucho más completo y, como consecuencia de la buena ventilación de los pulmones, el riego sanguíneo sea rico en oxígeno, lo que a la larga es un verdadero elixir de juventud.

AGUA

Para conservar un cuerpo joven es imprescindible el baño diario. La temperatura no puede aconsejarse porque cada persona es un caso particular. A las gentes muy nerviosas se les recomienda la ducha de agua fría, que actúa como calmante de su sistema nervioso. No es aconsejable el agua demasiado caliente, y las pieles un poco grasas tampoco quedan bien limpias si se emplea sólo el agua fría, es necesario, además de jabonarse con un jabón especial, usar el baño bastante templado.

Esto es lo que se refiere al uso del agua en la higiene personal; pero no debemos olvidar que una de las mejores recetas de belleza consiste en beber mucha, muchísima agua, durante todo el día. El agua facilita enormemente la marcha perfecta del organismo y es la mejor auxiliar de los riñones, y sabido es que unos riñones que funcionen perfectamente aseguran una tez limpia y lozana.

ALIMENTACION

Todos sabéis la lista completa de los alimentos especialmente dañinos para la salud. Si sois incapaces de prescindir de ellos, emplead a lo menos un día a la semana para una alimentación sana, procedente casi en exclusiva del reino vegetal. Las verduras y frutas son la mejor crema contra las arrugas que se conoce hasta la fecha. Excelente también es el queso, los pescados blancos, y, más que nada, la leche. Una mujer o un hombre que desee mantenerse joven ha de eliminar de sus preferencias el alcohol y sustituirlo por la leche. Medio litro diario de leche asegura el mantenimiento de una tersura de piel que ningún maquillaje de fondo puede igualar.

SUEÑO

Aquí está uno de los grandes secretos de la eterna juventud: el descanso absoluto que proporciona el sueño. Si padecéis de insomnio, síntoma peligrosísimo, capaz de llenar de arrugas en pocos meses al rostro más lozano de la Tierra, acudid inmediatamente al médico en busca de un remedio eficaz; no tratéis de atacar el insomnio por vuestra cuenta o tomando pastillitas que os recomienda un amigo; el médico, inmediatamente el médico, y si el médico no es suficiente, es que necesitáis otra consulta todavía más seria, esta vez cerca del confesor; porque la tranquilidad de conciencia es un elemento imprescindible para conservar la juventud.

CALMA

Si la tranquilidad de conciencia conserva la juventud, las rabietas, el mal humor, las malas caras, el nerviosismo, etc., etc., estropean las digestiones, y, como consecuencia, le ponen a cualquiera una piel que es una calamidad y, unas arrugas indiscretas que, atravesando la frente, le delatan como gruñón, cavándose entre sus cejas le acentúan el gesto iracundo, rodeándole los ojos subrayan su hipocresía, y partiendo de su boca avisan de sus recelos, su desconfianza y su abatimiento a destiempo.

Calma, amigos, calma, siempre calma; "todo llega, todo pasa y todo tiene remedio"; sólo hay una cosa que llega demasiado de prisa, pasa rápida si no se la cuida, y su marcha es definitiva y no tiene remedio: la juventud. Luchemos por conservarla poniendo entre el mundo, que quiere llevarnos de arrugas, y nosotros, que queremos conservar la alegría de la edad temprana, un muro: la calma.

OPTIMISMO

El optimismo, los grandes ideales, la generosidad y todas esas cualidades que todos conocemos son los distintivos más claros y definitivos de la juventud; pro-

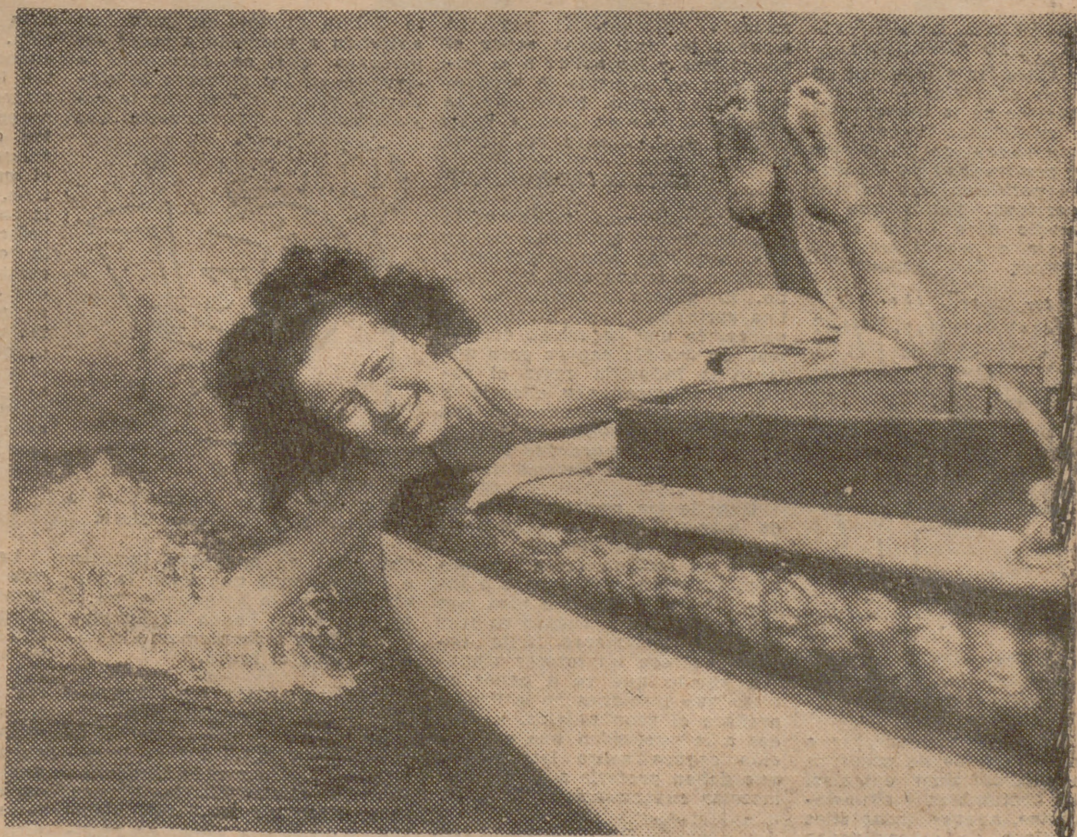


No, señoritas, el automóvil no sirve para conservar la juventud; la belleza necesita aire libre y ejercicio

curamos no perderlos, porque ésa sí que es una pérdida definitiva que no puede disimularse con afeites ni con operaciones de cirugía estética. Arriba los corazones, para que podamos recordar

sin nostalgia la estrofa del poeta famoso:
*Juventud, divino tesoro
que te vas para no volver.*

Pilar NARVION



El baño es mucho más eficaz para conservar la juventud que las más caras y fabulosas cremas, tocador. Si al agua se le añade una sonrisa así, el mito de Fausto deja de ser mito



Esta señorita les da el mejor ejemplo: largos paseos al aire libre para conservar esa silueta



EL CASO de la BAILARINA y el CABALLO

Erle Stanley Gardner



—Vigiló desde el cuarto el pasillo?
—Sí.
—¿Hasta qué hora estuvo vigilando?
—La vigilancia debe continuar todavía. Envié un sustituto a las cinco de la mañana.

—Bien; subamos al quinientos once; después hablaremos con los muchachos del quinientos diez. Ordenaste que le siguieran los pasos al individuo que acudió a mi oficina?

—Sí. Precisamente no hace muchos minutos que me informó mi agente. Tu visitante se dirigió a una pensión de la calle East Lagmore, número seiscientos noventa y uno, metiéndose en ella.

—Pues que tu agente siga dedicándose a eso. Ahora vamos a visitar a Callender.

Mason le indicó al chico del ascensor el piso a donde iban, y Drake y él ascendieron en silencio. Cuando paró en la planta y se abrieron las puertas, ambos personajes caminaron sobre la alfombra del pasillo, deteniéndose finalmente frente al número 511.

Una tarjeta atada a la manivela de la puerta tenía escritas las siguientes palabras: "Se ruega no molestar."

Mason consultó su reloj. Eran las diez y treinta y cinco.

—No le va a gustar mucho que le despertemos —opinó Drake, en voz baja—. Recuerda que a las tres de la madrugada todavía estaba en pie.

—No te importe. Tampoco le gustaría nuestra visita en otras circunstancias —respondió Mason, mientras llamaba a la puerta golpeando con los nudillos.

La llamada no obtuvo la menor respuesta, y el abogado volvió a insistir, golpeando con más energía. Como tampoco en esta ocasión se percibiese dentro del cuarto el menor rumor, Mason asió el picaporte.

—Cuidado! —le advirtió Drake—. No te olvides del detective del hotel... ¡Oh!

La exclamación surgió al comprobar que la puerta se abría cuando Mason giró el picaporte. Este empujó la hoja con precaución.

El cuarto permanecía a media luz, como si la oscuridad de la noche anterior hubiese quedado atrapada en su interior. Se percibía un fuerte olor a tabaco.

Drake, que husmeaba, alzando la cabeza por detrás de Mason, se volvió súbitamente para correr hacia la puerta del 510.

El abogado, que seguía en pie junto a la entrada del 511, le dijo:

—Vigila el pasillo, Paul.

—¡Sal de ahí, por favor, Perry! No podría avisarte a tiempo si alguien...

Mason le hizo callar con un gesto, y seguidamente se deslizó dentro del cuarto. Cerró suavemente la puerta y oprimió el botón de la luz eléctrica.

John Callender yacía en el suelo, completamente vestido, de espaldas, con el ojo derecho cerrado y el izquierdo entornado. No había indicios de lucha. Un sable japonés le había sido clavado en el pecho. La empuñadura y unas siete pulgadas de la hoja sobresalían del cuerpo.

Lo que hacía la escena más dramática aún era el hecho de que, al parecer, Callender había intentado, en un postrer esfuerzo, asir el arma para arrojársela. Su mano derecha, rígida ya, aparecía aferrada a la hoja, tan afilada como una navaja de afeitar, y el acero había cortado los dedos, penetrando hasta los huesos.

Tomando grandes precauciones, a fin de no tocar nada, Mason se dedicó a estudiar el escenario.

El cuarto en donde yacía el cadáver era la salita de recibir, junto al dormitorio, que Mason podía ver a través de la puerta abierta. La cama no había sido utilizada. Junto al dormitorio estaba el cuarto de baño, que tenía las luces encendidas y cuya puerta aparecía entornada.

Utilizando su pañuelo para no dejar huellas digitales, Mason empujó la puerta del cuarto de baño hasta abrirla del todo y comprobó que allí no

durmiendo, arrojó lejos de sí una liviana manta y se sentó en el borde del lecho. Su americana aparecía colgada sobre el respaldo de una silla, y sus zapatos en el suelo. Iba en camisa y pantalones.

Un segundo personaje, que se mantenía en pie, cerca del cuarto de baño, sostenía un cigarro entre los dedos, fijando su mirada en ambos visitantes.

—¿Conoces a estos muchachos, Perry?

Mason hizo un gesto negativo, y Drake le presentó al que estaba sentado sobre la cama, diciendo:

Unos golpes propinados en la puerta interrumpieron a Drake.

—¿Quién será? —preguntó Mason.

—¡Cielos! Nosotros...

La llamada tornó a repetirse, y Mason prestó atención.

—¡Quietos! —dijo Mason—. Me parece que llaman al otro lado del pasillo, en la puerta del quinientos once.

Frank Faulkner se aproximó a la puerta del cuarto y aplicó el ojo a la mirilla.

—Es una camarera con un servicio de café —anunció a media voz.

Se oyó llamar por tercera vez, y seguidamente Frank Faulkner informó:

—Ahora trata de abrir la puerta... Entra... Ahora enciende las luces... ¡Allá va!

Percibieron el ruido característico de una puerta que se cierra violentamente, y luego el rumor de unos pies que corrian por el pasillo.

—Si logran averiguar que he estado allí, me retirarán la licencia por no haberles informado —refunfuñó Drake.

—¿Y cómo lo van a descubrir?

—¡No te hagas el ingenuo! El detective del hotel debe estar en este momento telefoneando a la Brigada de Homicidios. Posiblemente no podremos salir de aquí sin que nos atrapen. Podríamos permanecer en el cuarto hasta que todo pasara; pero cuando la Policía interroge al empleado nocturno, descubrirá que yo tenía un agente en este piso y que el empleado recibió veinte dólares para que mi muchacho se escondiese en los lavabos emplazados al extremo del pasillo, amén de que más tarde le proporcioné este cuarto. Como comprenderás, la situación no es muy agradable. No podemos salir de aquí antes de que ella llegue, y cuando tal cosa ocurra, nos veremos atrapados.

Se produjo unos instantes de silencio, y finalmente, Mason se dirigió al teléfono, solicitando un número.

—¿A quién piensas llamar? —preguntó Drake, recelosamente.

—Al cuartel de Policía —anunció Mason, cubriendo el auricular con la mano—. ¡Bien! Coge el teléfono y da cuenta del asesinato, pero sin mencionar mi nombre, todavía.

—¡Ya se lo habrá contado todo ese detective del diablo!

—No creo que haya ningún código en donde se establezca que tú debas informar primero que nadie.

Drake cogió el auricular, que se aplicó al oído, diciendo:

—¿El cuartel de Policía?... Habla Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake. Deseo informarme de un asesinato ocurrido en el cuarto quinientos once, del hotel Richmell. La víctima es John Callender. Yo tenía unos agentes míos vigilando su cuarto. Una camarera entró en él y descubrió el cadáver. Después...

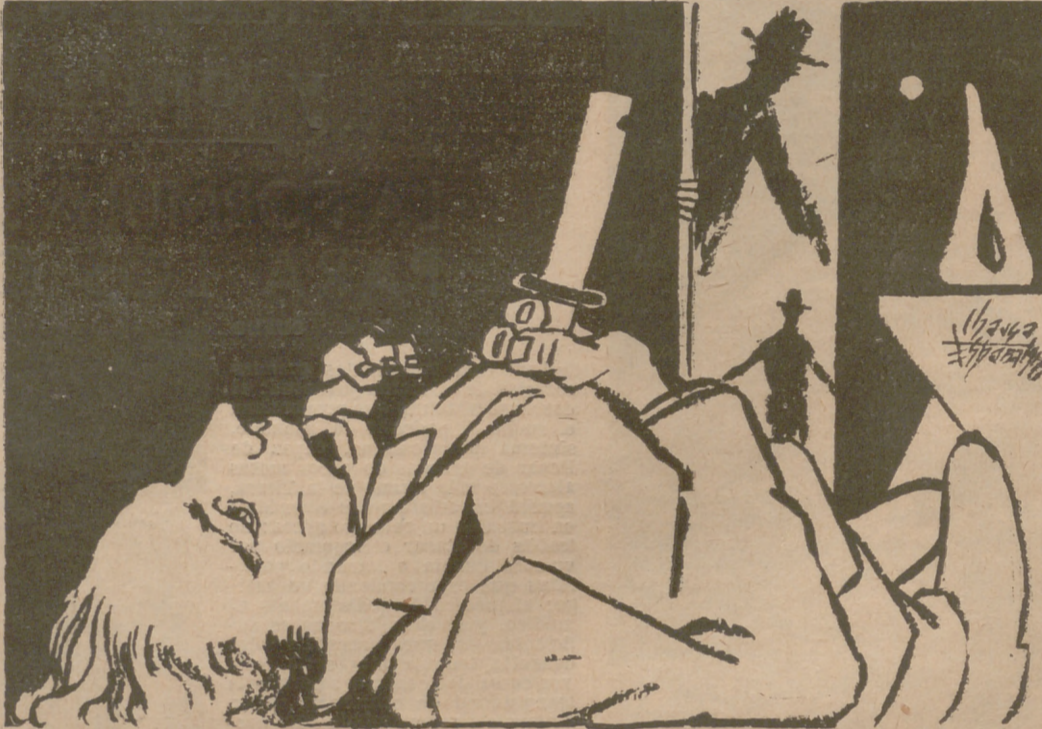
Mason presionó con el dedo índice sobre el aparato, cortando la comunicación.

—¡Eh! ¿Qué haces? —preguntó el detective.

—La ley dice que debes informar a la Policía de cualquier asesinato de que estés informado. Ya lo has hecho. No tienes por qué prolongar tu charla con ella.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Búho".)



había nadie. Hecho esto, volvió a dejarla entornada.

Entonces le llamó la atención un ropero situado en el extremo del dormitorio. Tenía las puertas de par en par, y una docena de trajes aproximadamente colgaban de una barra central.

Mason avanzó para inspeccionarlo. El mueble aparecía atestado con diversos trajes de calle y dos de etiqueta: un smoking y un frac. Una caja especial contenía más de una docena de pares de zapatos de diversos estilos.

Utilizando siempre su pañuelo, Mason abrió uno de los cajones. Estaba lleno de camisas y camisetos. Después de cerrarlo, volvió a la salita y abrió la puerta que daba al pasillo.

Paul Drake se encontraba frente a la entrada del 510. El abogado le dirigió una mirada significativa, y Drake asintió con un movimiento de cabeza.

Mason se envolvió la mano con el pañuelo, y de esta forma cerró tras de sí la puerta del cuarto, atravesando seguidamente el pasillo hacia el 510, cuya hoja había franqueado Drake.

Un individuo, que evidentemente había estado

—Frank Faulkner— y luego, señalando al otro—; Harvey Julian.

Los dos personajes le saludaron con una inclinación de cabeza.

Drake se volvió hacia Mason:

—No tendré más remedio que informar del suceso, Perry.

El abogado movió la cabeza, agitó una mano con los dedos abiertos, en señal de desaprobación.

—Te aseguro que no me queda otro remedio —insistió Drake—. Anda en juego mi licencia. Hace poco fué modificado el apartado 7.578 del estatuto de negocios y profesiones, estipulándose que, además de las vigentes causas que pueden motivar la retirada de la licencia de un detective privado, la Junta queda facultada para adoptar tal decisión por cualquier otro motivo que estime pertinente. Y puedes figurarte lo que eso significa. Además, no me tienen allí mucha simpatía.

—¡Está bien, Paul! Pero antes quisiera descubrir algo.

—¡Te repito que no puedo arriesgarme en lo más mínimo!

NOSOTROS: LOS COMPRADORES DE PERIODICOS

CINCO LECTORES POR NUMERO. -- UNA CLIENTELA FIEL: LA GENTE JOVEN

ENCUESTA DEL INSTITUTO "GALLUP"

Un día entre los días—como en los cuentos orientales—, un joven estudiante de la Universidad de Iowa, en Estados Unidos, sintió la curiosidad de saber los gustos y preferencias de los lectores del periódico que editaba su Universidad. Pensó que el mejor medio para llegar a su fin sería ir a preguntárselo a ellos mismos. Con paciencia y

ramente curiosos, él modificó algunas de sus ideas sobre el periodismo y las aplicó a la publicación escolar que le preocupaba. Este joven estudiante se llamaba George Gallup y su nombre da bastantes vueltas al mundo.

ENCUESTAS GALLUP

Pocas personas saben hasta qué punto las encuestas Gallup han adquirido una importancia decisiva en la economía del mundo. El género encuesta no es una curiosidad como piensan algunos, es una necesidad comercial, un método seguro para que tanto la industria como el comercio conozcan con eficacia la buena o mala orientación de sus ideas. George Gallup ha puesto en manos de las grandes empresas el más eficaz sistema de radar.

Una de las revistas europeas de mayor tirada (1.200.000 ejemplares) ha decidido someter a su publicación a una encuesta Gallup para darnos a todos los periódicos una idea más clara de cómo y cuánto se leen nuestros ejemplares. Esta encuesta ofrece un interés singular, puesto que va a poner en claro qué secciones de la Prensa prefieren el gran público, y va a dar a la publicidad una orientación segura sobre las páginas que deben preferir a la hora de insertar sus anuncios.

PROCEDIMIENTOS

Los especialistas del Institu-

to Gallup durante un mes han sometido a encuesta a todas las personas que se acercaban a comprar en los quioscos de cincuenta ciudades distintas la revista motivo de la encuesta. Las



La familia entera participa de la peseta que cuesta el diario

preguntas se aplicaban también a las personas que leían la publicación en la peluquería, en el tranvía, en el banco de un parque público o simplemente la llevaban bajo el brazo.

LO QUE CIRCULA UN PERIODICO

El primer resultado de la encuesta ha demostrado la enorme difusión que tiene la Prensa. Una revista de 1.200.000 ejemplares de tirada tiene, en realidad, seis millones de lectores efectivos. El periódico y la re-

vista son elementos de circulación. En los tiempos modernos, cuando todas las personas sienten la natural inquietud de enterarse de lo que pasa por el mundo, un periódico es un centro de atención. Allí donde se encuentre atrae las miradas en el tranvía, se pide prestado en el tren, se reparten en páginas en la casa, se deja leer al vecino del principal, pasa luego a manos de la "chacha" y la encuesta ha demostrado que por cada comprador del periódico tiene un término medio de cinco lectores. Cifra que se eleva en las revistas, porque tienen una—y a veces más semanas de vigencia—y pasan de mano en mano, especialmente en peluquerías, salas de espera y grandes centros de reunión.

A LA JUVENTUD LE INTERESA LA PRENSA

La encuesta ha demostrado que el lector de periódicos es hombre—o mujer—joven. La edad media del comprador es bastante inferior a la edad media de las ciudades donde se ha hecho la encuesta, y hay un síntoma muy sugeridor además. Entre las personas mayores aficionadas a la Prensa se observa que se encuentran precisamente las que destacan por su juventud espiritual, personas que siguen la actualidad mundial con un espíritu juvenil propio de la agilidad mental de los años mozos. El lector de Prensa no es un

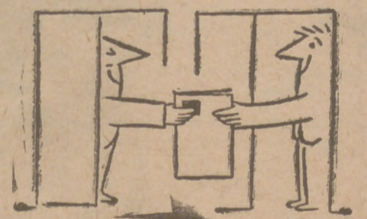
dilettante ni un adocenado: es un hombre que vive la realidad de nuestro tiempo. En Francia—por ejemplo—, nueve personas de cada diez compran el periódico diariamente, y se venden más los de la tarde, debido a que, dada la actividad casi enfermiza de la vida de hoy, únicamente después de la jornada diaria de trabajo, ya en la velada de la noche, tiene el ciudadano moderno un tiempo necesario para leer con calma la Prensa.

Otra característica curiosa respecto a la Prensa es que la de la mañana se caracteriza por una mayor fidelidad por parte de sus lectores, mientras que el lector



Sonriente y feliz, el caballero compra su periódico

de periódico de tarde es más fluctuante, y únicamente los periódicos que tienen ciertas tendencias políticas—sobre todo los



Política de buena vecindad, del primero A, el periódico pasa al primero B

que van dirigidos a las grandes masas—son los que cuentan con un número casi seguro de fieles. Las mujeres leen cada día más, no sólo novelas, sino Prensa. Aquella lectora de hace unos años preocupada sólo por las escuelas y las notas de sociedad ha dado paso a una lectora curiosa, que lee incluso los comentarios de política internacional. Los hombres leen los titulares de las secciones locales y hasta los últimos telegramas de las internacionales. Las mujeres, por el contrario, leen los titulares de las secciones internacionales y hasta las últimas noticias de las páginas locales.

El periódico americano, generalmente, entra dentro de los denominados "sensacionalistas"; el europeo se caracteriza por un tinte más reposado y una corrección casi literaria en la redacción de todas sus noticias.

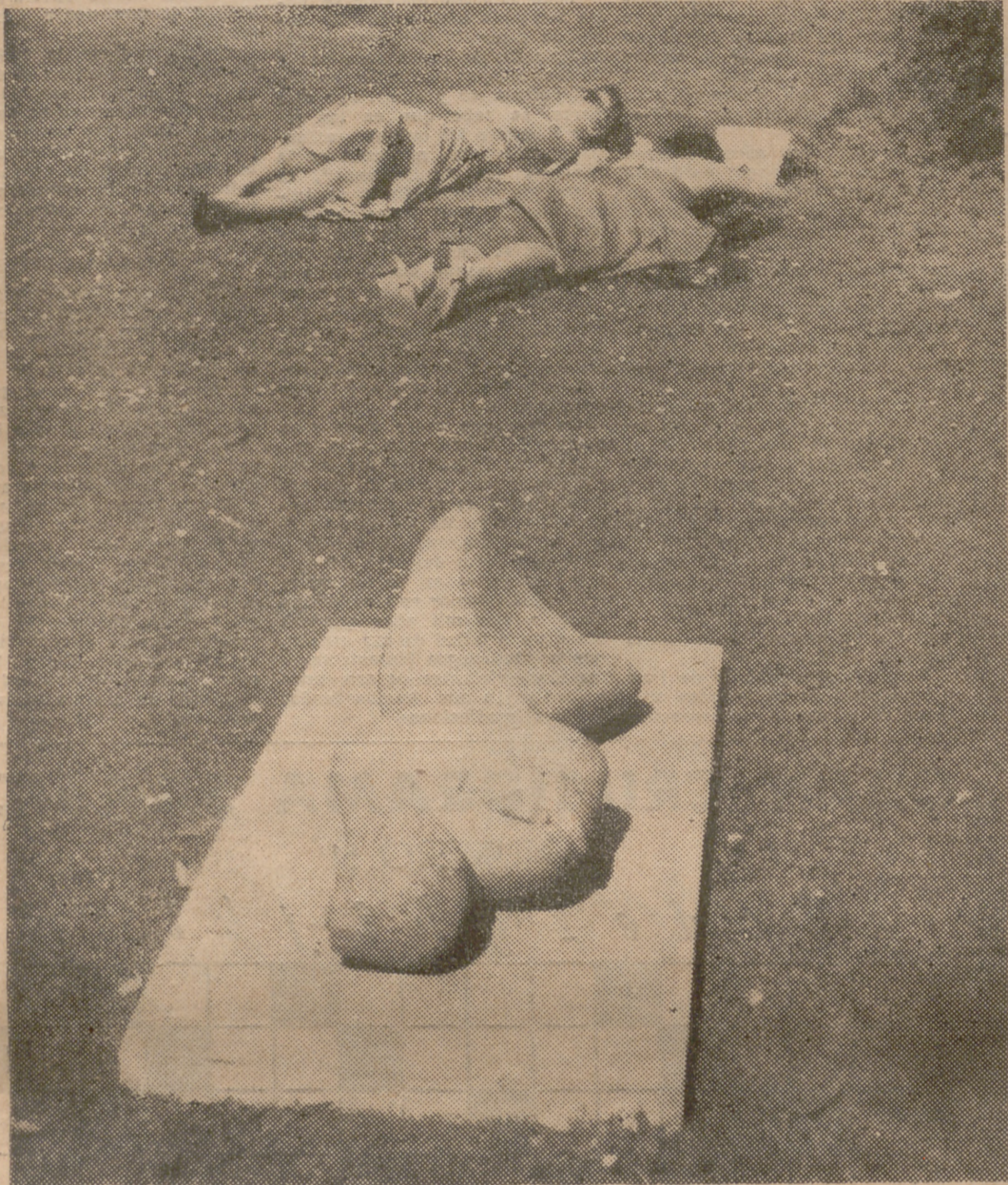
P. N.



Las estadísticas señalan que por cada comprador un diario tiene cinco lectores

método comenzó a interrogar a un número limitado de personas que se diferenciaban entre sí por tener costumbres y situaciones distintas, aunque todas ellas características de determinados tipos de clases sociales. Con los resultados que obtuvo, verdade-

MUNDO Ligero



MIMETISMO

El verano, entre otras ventajas, tiene la de que las mujeres se lanzan a vivir en contacto con la Naturaleza. Y la mujer, en esa actitud contemplativa, tiene tal gracia y armonía, que a su lado brotan las flores para copiar su belleza, y, a veces, surge una estatua que algún escultor vagabundo ha dejado allí.



POCA ESPERANZA

Esta guapa y sonriente joven es nada menos que María Fiore, la actriz italiana. Su último gran éxito ha sido una película titulada "Dos céntimos de esperanza", y parece ser que este éxito ha sido apoteósico. Lo malo es que si la actriz se ha encariñado con el personaje y hace suya la frasecita del título, podemos perder toda ilusión de verla sonreír así mirándonos a nosotros, porque dos céntimos de esperanza es muy poca cantidad para repartir entre la legión que constituimos sus admiradores.

Estoy frente a la ventana; un lienzo blanco la cubre, para librarnos del sol. El lienzo, transparente, toma color de miel. Es dorado, como una cabellera, muy prieta y misteriosa.

Su final no llega al vano. Hay, así, una franja de más vivo color, que cubre el verde de las acacias. No sé por qué, pero el verde de las acacias parece siempre un color ciudadano. Es, no sucio, pero sí manchado; diríase que viene de trabajar. El polvo de la calle se deposita sobre las hojas de las acacias como un polen; las hojas toman un leve tono ceniza. El sol irisa en sus bordes, pero en el centro no; el centro es mate, como la tierra o como el humo.

Hace calor. El cuarto es árido, sin gracia, amontonado de papeles urgentes, de papeles en los que se escribieron números, y no poesía. Hasta el blanco de las cuartillas, tan prometedor, carece de esperanza en este despacho; sabemos que se las deberá manchar con un "Muy señor mío, en respuesta a su atenta, fecha..." Un mapa del mundo se extiende ante nosotros, abierto, como una piel. El sol le ha hecho amarillear; las moscas le llenaron de islas diminutas, que no se intercalan en ninguna siglatura. El mapa es lamentable, y se ofrece como una carta que nadie tiene interés en leer.

Arriba, junto al techo, cuelga la lámpara; redonda, blanca, aséptica lámpara de quirófano. Si se enciende, parece que vayan a operarnos sobre la mesa, para sanar, dentro de lo posible, nuestras pobres ideas.

Aquí se desliza la jornada. De vez en cuando me levanto, y voy a la ventana, a la luminosa franja de la ventana, como un preso al hueco de la reja. Tiene algo de esto, de reja al revés, tendida. El rumor de la calle se desliza por ella, como un enjambre. Cruzan los tranvías, y los carros con frutas, y los grandes camiones. Los conductores de los camiones tienen los brazos fuertes y remangados. Es lo único que se ve de ellos. Las muchachas sonríen al paso de los camiones, o miran de reojo. Las más visten de blanco, y son jóvenes, y caminan con paso ligero, como a la sombra. No importa que el sol calcine; la juventud posee esa frescura de los años, independiente del Observatorio.

A veces llueve; las gotas golpean la ventana, pidiendo paso; las acacias se limpian, y su verde tiene algo de virginal, de recién nacido.

Las horas son largas aquí, vacías de ilusión. Cuando acaben, queridos amigos, como a Lamartine, plantad una acacia junto a mi tumba.

(Dibujo de Serny.)

M. P. A.



CONTUNDENCIA

A primera vista creerán ustedes que esta fotografía recoge el momento en que un audaz ladrón roba, después de amarrarla y amordazarla, a esa joven que, les aseguramos, es guapísima. Pero no se trata de eso. El joven armado de candelabro es un apasionado galán que parece decidido a conseguir el amor de la joven—a quien sentimos no poder quitar el pañuelo para que la vean bien—por todos los medios a su alcance. Y parece ser que el más contundente que ha encontrado a mano es esa pieza de oro con la que va camino de conseguir su objetivo, a juzgar por el brillo de los ojos de la amordazada, que no se apartan del fogoso galán. Claro que así, a primera vista, no podemos comprobar si el corazón de la joven se ha rendido por la amenaza del candelabro, o si este artefacto trabajaba sobre terreno abonado. De todas maneras, nos permitimos dar este ejemplo gráfico de procedimiento de seducción, para que sirva de norma a los amantes desdeñados que andan por el mundo.